

# ***Maestro de mi vocación y de mi oficio***

**Por Carlos Hoewel<sup>1</sup>**

## **Un testimonio**

Komar llegó temprano a mi vida para hacerme despertar a una dimensión de la realidad, de mí mismo y de los demás, que cambió para siempre mi ubicación y mis posibilidades de realización en el mundo. Infinitamente más que un profesor fue para mí un maestro de vida del que aprendí que el filosofar no es un mero ejercicio intelectual que puede quedar encerrado en los límites de una profesión académica sino una vocación de vida. Con su palabra pero sobre todo con su actitud vital, Komar me mostró que la filosofía nace de la insobornable exigencia de verdad contenida en el dinamismo más íntimo del hombre que sólo puede encontrar su camino en una apertura y una disponibilidad totales, no sólo de la inteligencia sino de todas las fuerzas del yo, al misterio insondable de la realidad. Pero también me transmitió la filosofía como un oficio: el oficio de pensar que él creía fecundo sólo a través del contacto con las cosas que enseñaba a alcanzar -con la delicadeza, libertad y plasticidad de un gran artesano- sumergiéndose en todos los materiales disponibles: desde los textos de grandes autores -filósofos o no-, los acontecimientos de la sociedad y de la historia, hasta las experiencias más simples de la vida cotidiana.

En esta exposición, que no pretende ser una presentación académica ni mucho menos una exposición exhaustiva de la filosofía o de la personalidad de Komar sino sólo un testimonio personal, intentaré describir algunos de los rasgos de su magisterio que influyeron decisivamente en mí para descubrir y desplegar mi vocación de filósofo, adquirir mi oficio de profesor y despertar mi vocación de persona. Porque Komar fue para mí, al mismo tiempo, un maestro intelectual, un maestro artesano y un maestro del corazón. Por lo demás, si bien hablaré aquí en general en primera persona, quizás mis palabras ayuden a interpretar lo que otros también han experimentado. En ese sentido, quien fue discípulo de Komar, es también necesariamente co-discípulo, parte de una

---

<sup>1</sup> Doctor en Filosofía (UCA) y Master of Arts in the Social Sciences (Universidad de Chicago). Es Profesor Titular Ordinario de Historia de las Ideas Económicas y Políticas y Filosofía de la Economía de la Facultad de Ciencias Económicas de la UCA. Es director del Centro de Estudios en Economía y Cultura de la misma Universidad y Profesor Titular de Filosofía Social en la UNSTA. Fue alumno del Dr. Komar en la UCA y escribió su tesis de Licenciatura bajo su dirección

comunidad que no se basa en exclusivismos ni falsos sentidos de pertenencia, sino en el compartir en la libertad de la propia personalidad, el espíritu y la misión que nos dejó como herencia y como tarea este gran maestro.

## **Maestro de la luz**

Todavía recuerdo con gran claridad el día que vi a Komar por primera vez. Fue hace exactamente 33 años. Mi profesor de filosofía del colegio secundario, Jorge Barros, me había recomendado asistir a uno de los cursos de este «gran maestro». Con apenas 15 años y junto con un compañero bastante desorientado por la propuesta, llegué hasta el Instituto de Cultura Religiosa en San Isidro. Luego de una búsqueda algo infructuosa por los pasillos encontré el aula en donde estaba Komar dando un curso sobre la filosofía de Newman. Al asomarme por la puerta me topé súbitamente con él sentado frente a una veintena de personas. Todo estaba en una especie de penumbra excepto él que hablaba y gesticulaba como envuelto en un brillo que yo no había visto nunca antes. Mi impresión en aquel momento fue que ese hombre emitía literalmente rayos de luz. Me quedé completamente paralizado de terror y salí corriendo, junto a mi todavía más desorientado amigo, hasta alcanzar la calle. En la vereda, y todavía presa del pánico, miré al cielo. Estaba completamente estrellado. No me pregunten por qué pero en ese instante me di cuenta de que había algo profundamente afín entre ese firmamento luminoso y aquella especie de profeta que había visto brillar en esa aula sombría.

Luego de esa primera experiencia trunca sólo en apariencia –ya que en realidad, allí se había producido evidentemente «algo»- quedé profundamente intrigado <sup>2</sup> y eso me llevó a volver a otro curso de Komar, esta vez en el colegio Santa María aunque ahora convenientemente acompañado de mi otro profesor. Allí la experiencia fue en parte distinta porque descubrí a un Komar deliciosamente amable y humano que iba develando unas dimensiones abismales, fascinantes, de la realidad, de la vida, de la interioridad, que yo nunca había visto antes. Ya no sentía pánico sino alegría, una fervorosa y a la vez tranquilizadora alegría que provenía del mismo fenómeno del que la vez anterior había huído pero que ahora experimentaba de manera completamente distinta. Pero, ¿de qué se trataba específicamente este fenómeno? ¿Qué es lo que vi en él la primera vez y lo que me llevó a volver aquella segunda vez y luego la siguiente, y la siguiente y más tarde decidirme a estudiar Filosofía en gran medida por

---

<sup>2</sup> Luigi Giussani señala con perspicacia el papel de la curiosidad en el inicio del discipulado o el seguimiento de un maestro. Si bien este autor lo hace específicamente en referencia al modo en que los primeros discípulos Juan y Andrés comenzaron a seguir a Jesús, movidos más bien por la curiosidad que por un análisis exhaustivo, creo que su intuición es también válida para el discipulado filosófico. Cfr. Luigi Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid, 1991.

influencia de este hombre y a seguirlo y a elegirlo especialmente a él -entre decenas de profesores talentosos que tuve la oportunidad de conocer- durante tantos años en sus clases y cursos, en encuentros grupales e individuales, estando cerca o a la distancia, e inclusive hoy pasados diez años después de muerto?

Ciertamente Komar fue una persona excepcional, un talento filosófico fuera de lo común, alguien que por su extraordinaria historia, su pasión y convicción, por sus dotes de docente y su conocimiento profundo y vasto no sólo de la filosofía sino de otras varias disciplinas -como la historia, la lingüística, la psicología, las humanidades griegas y latinas entre otras- resultaba un maestro indudablemente atrayente, valorado y respetado por muchos. Sin embargo, reflexionando largamente para escribir este texto, me di cuenta de que ninguna de estas cosas fue la causa principal de que yo siguiera o eligiera de esta manera tan radical y decidida a Komar. Todas estas características eran parte de la razón pero no el núcleo del fenómeno central que explica la trascendencia de su labor docente y de su influencia tan perdurable en tantas personas, entre ellas en mí. Si tuviera que resumir en una palabra cuál me parece hoy ser la razón principal por la que seguí y aún sigo a Komar, diría que porque él fue, ante todo, un maestro de la luz. En efecto, lo que más me impresionó siempre de Komar e hizo para mí de su labor filosófica y docente algo tan único y excepcional, era la increíblemente constante y abrumadora presencia de luz intelectual en su espíritu y en toda su personalidad.

Pero, ¿qué era esta luz que él poseía y qué ejercía esa fascinación en quienes la veíamos presente en él? En realidad, la pregunta está mal formulada. Precisamente por tratarse de luz intelectual no es una luz que «se posee». Tampoco se puede hablar de esta luz como de algo del pasado, propio de él «cuando vivía». Uno no se puede referir a ella como «una» luz o como «esta» o «aquella» luz. No. La luz intelectual no es «una» luz, sino que es «la» luz del ser y, como tal, no es de hoy, ni de ayer, ni de alguien que la «tenga» o la «posea» como parte de su «personalidad», sino que es única, eterna, necesaria, trascendente a cualquier sujeto o individuo en particular.<sup>3</sup> La inteligencia es ciertamente una facultad de un sujeto y en ese aspecto es «de alguien». Pero la luz que posee no proviene de ella. Precisamente lo esencial de esa facultad radica en que su naturaleza intrínseca consiste en estar abierta a un objeto que trasciende infinitamente su origen subjetivo: la inteligencia es inteligencia porque está abierta al ser en tanto idea intuita y luz que hace que sea lo que es.<sup>4</sup> En

---

<sup>3</sup> “Toda idea -enseña Rosmini- considerada en su posibilidad lógica, es *universal y necesaria*. . . Toda idea es una luz en la cual yo puedo conocer cualquier número de seres que existen o existirán en correspondencia con ella. Esta luz es, por consiguiente, universal, infinita.” Antonio Rosmini, *The Origin of Thought. A New Essay on the Origin of Ideas*, Rosmini House, Durham, 1987, 428. El único ser en quien la luz infinita, necesaria y objetiva del ser y el sujeto en quien está presente se identifican es Dios.

<sup>4</sup> Como enseña Rosmini, un gran maestro siempre citado por Komar: “Tal como hemos visto, los seres humanos, en la medida en que intuyen el ser se dice que están dotados de

tal sentido, creo que lo más potente y lo que más atraía de Komar estaba en la extraordinaria capacidad de su inteligencia para recibir esta luz. Komar buscaba constantemente estar en la presencia de la luz con todo su ser. Entendía la filosofía –y la vida- como un “anhelo de la última claridad posible” como creía Hans Cornelius citado tantas veces por él.<sup>5</sup> Sin despreciar lo empírico sino, como ya veremos, atravesando experimentalmente lo real, Komar profundizaba hasta el máximo posible las líneas centrales del sentido, forma o configuración esencial de cada cosa, siempre en la línea de su ser–y no de lo que las personas “dicen” de ella-<sup>6</sup> y, dejando actuar dócilmente la luz intelectual, era capaz de reconocer en ella su estricta objetividad y particularidad al mismo tiempo que su conexión con el orden y el misterio último del Ser, de todo el Ser. Estar cerca de él era así de algún modo estar cerca de esta luz infinita, eterna, resplandeciente y misteriosa por la que nada menos que el Ser mismo se hacía presente potencialmente en su espíritu. Entonces, ¡cómo no habríamos de seguirlo!

Al modo de los grandes maestros de la luz de la pintura y la fotografía,<sup>7</sup> Komar era capaz de colocarse en el lugar justo en que no él, sino la luz del ser a través de él iluminaba las cosas mostrando su faceta más profunda y esencial. No era su erudición, sus conocimientos –en plural- los que iluminaban las cosas, sino su ponerse siempre en el punto exacto en donde la luz del ser iluminaba cada cosa. Pero lograba recibir y hacer visible la luz por medio de una respuesta propia, personal: la respuesta de la mirada. Como maestro de la luz fue también así un maestro de la mirada. En efecto, la luz que ilumina –como él siempre citaba- “a todo hombre que viene a este mundo”,<sup>8</sup> era para él sobre todo la que nos permite «ver», acción que era el núcleo, el punto de partida del filosofar y de la vida. La mirada no es la luz pero es la recepción activa y justa de alguien que hace posible que la luz se haga presente. Si no hay

---

intelecto. . . Si el intelecto fuera privado de la intuición del ser, dejaría inmediatamente de existir. Sería aniquilado. Si, por otro lado, consideramos al intelecto dotado con esta intuición, encontramos que es *receptivo*, y que el entender consiste simplemente en recibir luz intelectual, es decir, la idea.” (Antonio Rosmini, *Anthropology as an Aid to Moral Science*, Rosmini House, Durham, 1991, 505.

<sup>5</sup> Hans Cornelius (1863-1947) fue un filósofo alemán, psicólogo y educador que ejerció la docencia como profesor en la Universidad de Frankfurt. Tuvo influencia sobre Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, siendo su maestro filosófico. Director de la tesis doctoral de Horkheimer, y de la tesis de Adorno sobre la fenomenología de Husserl. Cfr. Emilio Komar, *Orden y misterio*, Emecé, Bs. As., 1996, p.164.

<sup>6</sup> Komar siempre citaba al respecto este pensamiento de Santo Tomás de Aquino: “*Studium philosophiae non est ad hoc quod sciatur quid homines senserint, sed qualiter se habeat veritas rerum.*” (S. Thomas, *In De caelo et mundo* I, lect. 22).

<sup>7</sup> Son grandes maestros de la luz, por ejemplo, pintores como Caravaggio, Rembrandt, Johannes Vermeer, William Turner, Joaquín Sorolla o fotógrafos como Robby Müller, Pete Eckert y, últimamente, Emmanuel Lubezki.

<sup>8</sup> Jn, I, 9.

quien «vea», quien «mire» poniendo atención, la luz no aparece.<sup>9</sup> Para que la luz del ser, que no depende de nadie sino que brilla por sí misma, se haga presente, es preciso sin embargo que pase por alguien, no para que la produzca, porque ella es desde siempre, sino para que la reciba y permita que se refleje en la realidad limitada y finita del aquí y ahora.<sup>10</sup> La esencia de la tarea docente de Komar era en ese sentido una permanente invitación que él nos hacía a ponernos activamente –en el sentido de una *recepción* activa- bajo esa luz, a ayudándonos así a *ver*, a *mirar* las cosas por nosotros mismos por medio de esta luz.<sup>11</sup>

Al mismo tiempo, por la presencia de la luz que le indicaba las líneas de dirección de la plenitud de las cosas, Komar nos enseñó también a *juzgarlas*, a *criticarlas* superando la falsa idea de que el juicio o la crítica siempre surge de actitudes soberbias o destructivas. Por el contrario, para él la ausencia de juicio crítico escondía muchas veces una falta de compromiso con la vida disfrazada de falsa bondad, humildad o timidez. Nos instaba a poner así en juego la luz de la inteligencia ante la realidad, cualquier realidad, que tuvieramos delante, ejerciendo el juicio y la crítica con honestidad y sin falsas concesiones, para ser capaces de ver objetivamente sus deficiencias, sus desviaciones y también sus posibilidades, no desde la soberbia de quien se cree superior o más dotado, sino por la fidelidad a la luz que nos ilumina y por la obligación y el amor que debería movernos a alertar a los otros de su situación errada o precaria.<sup>12</sup>

Un suceso inolvidable que atesoro en relación a Komar como maestro de la luz ocurrió una noche de marzo, en que durante una de nuestras primeras clases de Historia de la Filosofía Moderna en la vieja

---

<sup>9</sup> Komar insistía en la diferencia entre la mirada interpretativa, que busca entender las cosas por medio de razonamientos y comparaciones con otras cosas –con el “contexto”- y la mirada contemplativa, que por medio de una insistencia paciente en el ver, en el mirar constantemente una misma cosa con actitud de apertura amorosa, logra que finalmente brote la luz de la cosa misma.

<sup>10</sup> “Pero podemos ver también –sostiene Rosmini-que, dada esta intuición (de la idea del ser), el sujeto mismo, recibiendo esta luz, tiene que contribuir con alguna actividad. Por su misma naturaleza toda recepción presupone algún grado de actividad en quien recibe. Un ser sin ninguna actividad no podría recibir ni experimentar nada –aunque la actividad en sí misma no debe preceder a la receptividad. Ambas pueden comenzar a existir en el mismo instante.” Antonio Rosmini, *Anthropology*. . . 505.

<sup>11</sup> Cfr. Joaquín Migliore, “Ser maestro”, *Vida llena de sentido*, Fundación BankBoston, Buenos Aires 1999.

<sup>12</sup> En tal sentido Komar vinculaba íntimamente el amor con la exigencia crítica: “Criticar no significa agredir; criticar significa simplemente discernir, juzgar, teniendo presente la realidad de las cosas. La crítica de algo puede ser buena, hasta muy buena, si la cosa es buena o muy buena. Ser crítico no significa ser agresivo, pero sí valiente en establecer la verdad. Por esto el genuino sentido crítico no sólo no excluye, sino que incluye una cierta benevolencia para la cosa que es objeto de discernimiento, porque sin un poco de buena disposición no hay verdadera atención, sin lo cual, a su vez, no hay discernimiento objetivo. Decía un ilustre tomista italiano Carlo Mazzantini. . .Para ser críticamente benévolo es preciso ser benevolamente críticos.” (Emilio Komar, *Orden y misterio* . . . p. 134.)

sede de Filosofía y Letras en la calle Bartolomé Mitre se desató una de esas típicas tormentas violentas de fines del verano. Como suele pasar en esas ocasiones en Buenos Aires, se produjo un corte de energía eléctrica que nos dejó completamente a oscuras en el mismo momento en que Komar nos leía lo que él llamaba la “página negra” de Hegel,<sup>13</sup> por medio de la cual, nos explicaba la esencia del pensamiento del gran filósofo alemán. Cuando la luz se apagó, pensé inmediatamente que allí se acababa nuestra clase. Pero Komar no sólo no se movió de su escritorio sino que pidió una vela, e iluminado por esa aparentemente frágil e intermitente luz, nos dio la clase más profunda, magistral y luminosa que quizás haya escuchado de su boca. Lo que me sorprende hasta el día de hoy es el modo confiado y seguro con que él seguía preguntándonos “¿comprende?”, “¿se ve?”, “¿se ubican?” en medio de esa casi completa oscuridad en que ninguna cosa del aula era visible, ni siquiera nosotros mismos. Sin embargo, aquella tormentosa noche nosotros veíamos la realidad con más claridad que si hubiéramos estado bajo el más resplandeciente sol de un diáfano mediodía, iluminados como estábamos por dentro por esa radiante luz que se hacía siempre presente con su palabra.

## **Un taller artesanal de lo real**

En las primeras páginas de sus *Apuntes Filosóficos* Komar escribe:

El que se dedica al estudio de la filosofía lleva casi siempre sus libretas de notas, donde registra problemas que sería necesario estudiar, temas que sería interesante ahondar, esbozos de sus futuros estudios, que quizás jamás podrá realizar, notas al margen de las interminables lecturas, registros fugaces de aquella caudalosa corriente que suele ser el pensamiento estimulado incesantemente por otros pensamientos. Algunas páginas de esta libreta o carpeta, según las costumbres intocables del íntimo quehacer intelectual de cada uno, pueden tal vez interesar también a los demás. Pueden prestarles algún servicio modesto, pero provechoso. Pueden ampliar alguna visión, completar algún conocimiento, transmitir noticias e inquietudes, y, finalmente, en cuanto traducen un interés vivido, un *theorein* diario e inmediato, contagiar algo de aquella pasión divina que empuja al hombre a ver y gozar en ver.<sup>14</sup>

Creo que en este texto el propio Komar explica con gran claridad otro aspecto central de su magisterio que es el del carácter artesanal de su pensamiento. Recuerdo que nos contaba cómo llevaba a sus hijos, siendo

---

<sup>13</sup> Se trataba de un texto de la *Fenomenología del espíritu* en que Hegel describe las contradicciones del Iluminismo.

<sup>14</sup> Emilio Komar, *Orden y misterio*. . . , pp. 45-46.

chicos, a recorrer los talleres de los distintos oficios y artesanías que él estaba particularmente interesado en que conocieran. Seguramente este gusto de Komar por el trabajo bien hecho, no estandarizado y en contacto directo con los materiales, haya formado parte de su “educación por las cosas”<sup>15</sup> recibida durante su niñez en Ljubljana y en la pequeña ciudad medieval de Škofja Loka, y luego en el tiempo en que se desempeñó como trabajador manual en una fábrica de vidrio a su llegada a la Argentina.<sup>16</sup> Esta experiencia de la evidencia de lo real que proporciona el contacto físico, sensible, inmediato con las cosas, era para él, junto con la evidencia de la luz intelectual de la verdad, la otra gran experiencia básica sobre la que apoyaba no sólo su actividad filosófica y docente sino su vida entera. A ella nos invitaba constantemente a volver, para salvarnos de la típica tentación intelectual de identificar el pensar con un «volar» por medio de la razón a través de largas argumentaciones abstractas, cuando agarraba – casi sacudía– fuertemente con sus manos el escritorio del aula buscando llamarnos la atención sobre la inmediatez, contundencia, y evidencia indudable de las cosas a través de la experiencia sensible.<sup>17</sup> La visión de la realidad a la luz de la razón, central para Komar en la filosofía y en la vida, no era así para él un «ver» genérico, impersonal, sino un acto de la inteligencia fuertemente arraigado en el propio cuerpo y, a través de éste, en la realidad concreta de las cosas. Komar nos enseñó que se llega a un juicio certero sobre las cosas por medio de la razón, sólo después de una amplia y profunda experimentación personal de lo concreto, de lo real.

De acuerdo a Komar, la filosofía y la vida exigían así, para terminar de forjarse, un verdadero trabajo de fragua de carácter artesanal en que cada uno debía hacer entrar en contacto la luz, el fuego de su inteligencia – luz objetiva, eterna, y podríamos decir divina– con las experiencias materiales terrenas, vividas a través del cuerpo. En ese sentido, la primera fragua, que Komar nos enseñaba a cuidar y en la que nos instaba a trabajar sin descanso, era la fragua del propio yo. El yo, la persona, era para él el taller artesanal de la vida. Como maestro artesano se dedicó a ayudarnos a buscar y a reconocer nuestros propios materiales, a no dejarnos engañar o tentar por la «moneda falsa» de la imitación o por el intento de evitar pasar por la propia experiencia robando o comprando material ajeno, o directamente abandonando el propio taller para instalarnos en una cómoda fábrica de producción en serie. Nos enseñó, de

---

<sup>15</sup> Utilizo esta expresión, en parte en el sentido que desde Rousseau, la pedagogía moderna ha valorado el contacto directo con las cosas como el modo en que en definitiva el ser humano logra verdaderamente educarse. En contraposición está el sentido crítico que da a esta misma expresión Pier Paolo Pasolini en relación a la educación de los objetos en la sociedad de consumo actual.

<sup>16</sup> En ese sentido es interesante el paralelismo de Komar con otros itinerarios filosóficos vinculados a la experiencia con el trabajo manual como por ejemplo el de Simone Weil, aunque en ella dicha experiencia tuvo un origen voluntario y vinculado a sus ideas sociales.

<sup>17</sup> En este sentido, en una entrevista de sus últimos años, Komar afirmaba: “necesitamos que nos hablen de las cosas según su verdad. El verdadero tomismo conduce a la valoración de la experiencia sensible. El problema es que no se ha leído a Santo Tomás, o se lo ha leído mal.” <http://www.portalunoargentina.com.ar/noticiasver.asp?id=3722>

este modo, a experimentar la realidad, exhortándonos insistentemente a tocarla con nuestras propias manos, mostrándonos cómo lo había hecho él mismo, en el taller o fragua personal de su vida. Mediante el uso delicado, respetuoso pero también libre e incluso atrevido, de los más variados materiales, empezando por los de sus propias intuiciones y experiencias pero también de autores, escuelas y acontecimientos de la vida real – cotidiana e histórica- Komar nos enseñó a cocinar a fuego lento nuestras experiencias al calor y la luz de la vida y de sus ritmos, sin descuidar nunca la calidad, en la fragua de la propia originalidad personal. Pero este «método» artesanal «aplicado» y enseñado vivencialmente por Komar en sus clases y en su vida no era propiamente «método» sino el fruto de la aceptación dócil de la estructura intrínseca de la experiencia humana que es, al mismo tiempo, experiencia inmediata del ser como luz siempre presente a la inteligencia y también experiencia del ser como realidad presente en el sentir corpóreo, interno y externo, de nosotros mismos y de las cosas.<sup>18</sup>

Komar había además elaborado en su «taller», especialmente para nosotros, toda una batería de herramientas, instrumentos y utensilios para emprender la aventura exploratoria de salir a buscar y recoger en la realidad los materiales de nuestra experiencia que llevaríamos luego hasta la fragua de nuestro espíritu. Siguiendo la tradición de los maestros artesanos de la Escolástica, a quien él defendía de quienes los acusaban de formalismo y abstracción,<sup>19</sup> elaboró con el metal poderoso de las palabras decenas de fórmulas que recreaban las antiguas fórmulas medievales de una manera nueva, libre y creativa. Recuerdo especialmente los años de sus cursos en los talleres de pintura y escultura de la escuela de Bellas Artes Regina Pacis en San Isidro en los que, rodeado de lienzos y materiales de trabajo, Komar nos entregaba en cada encuentro sus fórmulas-instrumentos –inmanencia-trascendencia, homo duplex-homo simplex, voluntas ut natura-voluntas ut ratio, las cuatro heridas de la naturaleza, el esquema de lo moderno, vivir según la razón, ratio e intellectus, ser particular y ser genérico, contemplación y praxis, intrínseco y extrínseco- que algunos interpretaron equivocadamente como categorías kantianas en las que debíamos encerrar nuestra experiencia, pero que estaban en realidad diseñadas como instrumentos ópticos para potenciar y no para reemplazar nuestra todavía débil vista. A las fórmulas se le agregaban toda un serie de increíbles y originalísimos mapas -de Freud, Marcuse, Adorno y Horkheimer, Schopenhauer o Nietzsche- que Komar elaboraba por su propia mano y que nos orientaron y nos siguen orientando hoy en día a quienes, gracias a su impulso aventurero, nos animamos a adentrarnos en esas tierras filosóficas hasta entonces para nosotros *incognitae*.

---

<sup>18</sup> En esto radicaba en definitiva su crítica al dualismo antropológico del *homo duplex* y su defensa del *homo simplex*, es decir, de la integración *humana* del cuerpo y el espíritu.

<sup>19</sup> Cfr. “Apuntes filosóficos II”, en *Orden y Misterio*. . .pp. 85-103.

En ese sentido, creo que esta dimensión artesanal del pensamiento y la docencia de Komar explica en gran medida porqué fue un crítico tan duro e intransigente, casi diría salvaje, de nuestra civilización de la moda y del consumo estandarizados cuyo peligro central no estaba tanto para él en el adquirir objetos externos innecesarios o frívolos, sino sobre todo en caer en la tentación de abandonar el taller artesanal del propio yo para imitar pasiva y mecánicamente las ideas, las experiencias y las acciones de los otros. De ahí se explica también su reticencia –por momentos recalcitrante- a integrarse en el sistema –que muchos le criticábamos en silencio- pero que surgía en él por su íntima convicción de que ceder habría significado la destrucción completa de ese taller artesanal que durante tantos años había luchado por construir no tanto para él sino sobre todo para nosotros. De hecho, Komar trabajó toda su vida para que su propio taller artesanal personal se convirtiera en un taller abierto a otros a través de sus cursos y de la escuela que poco a poco fue forjando también de modo artesanal tanto en la Facultad de Filosofía de la UCA como fuera de ella. La escuela que él creó, criticada por muchos –incluso por algunos de quienes eramos sus discípulos- por su falta de «profesionalismo» y su carácter endogámico, tuvo en realidad el gran mérito de ser –con todos sus defectos- una escuela filosófica auténticamente artesanal –quizás una de las últimas en estas tierras- en la que muchos pudimos poner las bases de nuestro oficio y forjar, tal vez por primera y única vez en la vida, algunas de nuestras experiencias e intuiciones filosóficas y personales más propias y auténticas.

### **De corazón a corazón**

No puedo dejar de mencionar un último rasgo de la enseñanza de Komar, que creo resume o sintetiza lo esencial de lo que vengo diciendo, que es el aspecto afectivo y «amoroso» de su pensamiento y de su vocación docente. Claro que para Komar, como sabemos, lo afectivo siempre iba acompañado de lo intelectual. “Ubi amor, ibi oculus” era una de sus fórmulas preferidas. Ese «ojo» de la inteligencia que ve por medio de la luz de la verdad que lo ilumina constantemente desde que cada persona surge a la vida, no sólo está unido a las experiencias y al sentimiento de su propio cuerpo, de sí mismo y de las cosas por medio del «trabajo» artesanal de la comprensión, sino que está anudado de raíz, junto con ellas, al fuego del amor. En realidad aquel fuego de la fragua personal al que hacíamos referencia más arriba, es fuego y no sólo luz porque combina al mismo tiempo, la visión de la verdad y el deseo de ella que anida en ese centro del yo que Komar, haciéndose eco de toda la tradición bíblica judía y cristiana, llamaba «corazón».<sup>20</sup> La actividad filosófica, docente y humana en general

---

<sup>20</sup> Cfr. *Orden y misterio*

era para él una actividad que brotaba de ese centro y por eso mismo implicaba no sólo luz y realidad sino también fuego. La persona iluminada por la inteligencia, que ve y reconoce la realidad de las cosas gracias a esa luz, desea también lo que ve y, si acompaña libremente con su voluntad este deseo, surge el amor que es la expresión final, el metal precioso que resulta de todo el proceso de fragua recién descrito. Así, nos enseñaba Komar, no hay actividad intelectual, filosófica o docente en la que no se ponga en juego el fuego del amor. De hecho, Komar mismo lo ponía en juego constantemente. De hecho, las dos dimensiones de su magisterio, la intelectual y la artesanal, se enlazaban siempre en él en la unidad del corazón –el suyo y el de los demás- que no parecía mostrar explícitamente pero que todo el tiempo se traslucía a través de su enseñanza. Lo veíamos en cada palabra, en cada idea, en cada ejemplo, que siempre venían no sólo iluminados por la luz intelectual y empapados de su experiencia sino también cargados de su enojo, de su alegría, de su asombro, de su grandeza de alma, de su ternura y también –¿por qué no?- de sus temores, rencores y mezquindades.

Así, lo que yo había visto en esa aula oscura del primer día no era sólo luz sino también fuego, a veces más suave otras veces más fuerte, pero siempre fuego. Por eso frente a Komar era imposible permanecer indiferente: o se lo amaba o se lo odiaba. Incluso cuando parecía que su actitud era la de ignorar a alguien, en realidad siempre estaba enviando un mensaje, subrepticia pero certeramente, de corazón a corazón. Cuando enseñaba a «ver», a «juzgar», a «tocar» con las propias manos, lo hacía siempre llamando, en el fondo, a una respuesta personal, al compromiso del propio yo ante la verdad, la realidad y la vida. Una anécdota personal al respecto fue el momento en que le pedí que dirigiera mi tesis de licenciatura. Después de pensarlo cien veces, atemorizado por su posible reacción, lo crucé en un pasillo de la Facultad. Me miró y me dijo secamente: “no puedo, no tengo tiempo, además lo que usted me propone es un tema muy difícil.” Y se dio media vuelta dejándome prácticamente con la palabra en la boca. Me fui muy desalentado y un poco indignado. Pero el resultado concreto fue que me puse a releer el texto sobre el que quería hacer la tesis todas las veces que fuera necesario hasta llegar a entender algo para poder proponerle nuevamente un tema. Al poco tiempo lo volví a buscar. Le expliqué lo nuevo que había entendido. Me miró con la misma mirada severa de la vez anterior y me dijo: “no tengo tiempo y no creo que haya entendido lo esencial.” Se podrán imaginar mi nueva decepción. Explotaba de rabia. Pero no abandoné mi idea. La repetición de la «ofensa»- que en realidad, era un formidable desafío y un riesgo que él se animó a correr conmigo, ya que después supe que él intuía de entrada que yo «podía»- desembocó en una especie de esfuerzo titánico de mi parte para volver a leer y releer y esta vez entender bien el texto. Me agoté y finalmente, después de un período de abstinencia, me *entregué* al texto y éste, finalmente, *se me entregó*, usando la expresión que tantas veces le escuchamos decir a Komar. Comencé por primera vez a gozar con una

enorme libertad de su riqueza, de su misterio, de su luz sin límites. Con una extraña sensación de plenitud por la cima inesperadamente alcanzada, volví a la carga en busca de mi presa. Esta vez le hablé con la firmeza y la convicción de quien está seguro de haber experimentado algo por sí mismo, algo que nadie, nadie, le puede negar. Komar me miró con la misma mirada de siempre y, haciéndose claramente el indiferente, me dijo: “está bien, acepto, entendió bastante, venga en tres semanas y tráigame unas hojas con todo lo que le surja del texto. Ah eso sí, no lea nada más ¿eh?” La batalla estaba ganada. No sólo por mí, claro, sino especialmente por él, que había apuntado al centro de mi ego, lo había herido y por ello mismo había logrado que sugiera airoso mi verdadero corazón.

Ese arquero del corazón que era Komar, lo hacía parecer muchas veces como un provocador. Y en realidad no sólo lo parecía: realmente lo era. Pero no se trataba de un provocador movido por el deseo narcisista de la provocación misma, sino por la convicción de que el pensamiento, el conocimiento, no se activa ni tiene frutos si el corazón de la persona no se enciende. No importaba tanto si al principio se encendía de rabia, impotencia o rencor: lo importante era que algo ocurriera. Después él se encargaría de domesticar, de ordenar ese amor. Claro que en esta «operación del corazón» que Komar practicaba puntualmente con todos sus potenciales discípulos existían dos grandes riesgos: por un lado, el riesgo del rechazo a veces absoluto y permanente, por el otro, el riesgo de una malsana dependencia. Es evidente que este método puede cosechar grandes odios y rencores que en muchos pueden llegar a durar toda una vida. Por otro lado, los lazos tan tenaz y eficazmente tendidos sobre el corazón de un discípulo pueden convertirse no pocas veces en cadenas que atrapan tanto al maestro como al discípulo en un nudo de mutua dependencia que suele tener que ver más con las taras psicológicas de ambos que con la verdadera apertura a lo real. De estos dos riesgos, inherentes a toda relación docente auténtica, que es siempre, cuando es verdadera, una relación erótica en el sentido platónico y a veces no tan platónico de la palabra, no estuvo libre tampoco Komar.<sup>21</sup> No obstante, creo que los errores que Komar pudiera haber cometido en este sentido son el precio inevitable que debe pagar todo verdadero maestro. Por lo demás, para Komar este precio no era caro si se tomaba en cuenta lo que a su parecer estaba en juego. Para él la relación maestro-discípulo no era una mera relación funcional: se jugaba en ella el destino personal entero, no sólo del discípulo sino también del maestro.

Ciertamente, como ya lo hemos mencionado, el magisterio filosófico de Komar fue también, aunque a veces no lo pareciera, una escuela de comunidad, formada por todos los que él unió, probablemente para siempre, a la luz de la verdad que a muchos nos hizo ver y que es la única que reúne realmente a los corazones. Sin embargo, honestamente hay

---

<sup>21</sup> Sobre estos riesgos, inherentes a las relaciones entre maestros y discípulos, se refiere magistralmente George Steiner en su libro *Lecciones de mis maestros*.

que decir también que las cosas con Komar no siempre transcurrían de la manera más suave: existía en su talante algo de la fuerza y la dureza – aunque no creo que de la violencia <sup>22</sup>- del combatiente, del guerrero. Para quienes lo conocimos de cerca, era evidente que Komar vivía su relación tanto con sus discípulos como con colegas, adversarios intelectuales, autoridades y otros protagonistas de la vida universitaria, política o eclesial, de un modo claramente agonal. La vida filosófica y docente era experimentada por él como un combate cuerpo a cuerpo en que había que apuntar siempre al corazón de las cosas y de las personas y en el que se jugaba el todo por el todo: era un combate a «matar o morir». No hay que olvidar que Komar fue soldado durante la Segunda Guerra Mundial y por bastante tiempo se sintió llamado a seguir la carrera militar. Pero no fue un soldado cualquiera sino un duro combatiente cultural e intelectual.<sup>23</sup> Así, si bien es muy cierto que Komar fue, por un lado, un pacífico y contemplativo maestro de la luz y un paternal maestro artesano, no es menos cierto que fue también, en toda la línea, un durísimo combatiente cultural, algo que a nosotros nos costaba terriblemente comprender, en nuestra suave, cómoda y posmoderna juventud de clase media porteña. Hoy, dejando de lado los aspectos excesivos, algo maniqueos y psicológicamente condicionados que el violento traslado del mundo cultural europeo de la época de la guerra a la Argentina actual seguramente produjeron en Komar, la enseñanza de fondo que nos dejó su aguerrido, apasionado y en el fondo amoroso combate por conquistar para la verdad el corazón de las personas, sigue para muchos de nosotros completamente vigente.

### **Finale: la eternidad de lo humano**

Antes de concluir este texto que, como señalé al principio, no pretende ser una exposición sobre la personalidad o el pensamiento de Komar, sino tan sólo un testimonio sobre los rasgos de su pensamiento y de su docencia que más impresionaron mi espíritu, quisiera referirme a algunos momentos especiales en mi trato con él que abrieron en mi otras perspectivas profundas sobre la significación de su magisterio y de su vida. En ellos me pareció ver surgir un Komar en profunda consonancia

---

<sup>22</sup> Komar explicaba siempre que la violencia es el ejercicio de la fuerza que no respeta la naturaleza intrínseca de la cosa sobre la que se ejerce. En ese sentido un estilo duro o directo de trato no siempre es necesariamente violento sino que puede ser una forma enérgica y a veces incluso más honesta que una delicada y diplomática, de relacionarse con el otro.

<sup>23</sup> En su primera juventud había integrado en Eslovenia el grupo Borci (“Combatientes”, por su revista, *Mi mladi borci*, es decir, “Nosotros, jóvenes combatientes”) y luego en 1943 integró las Slovenski narodno varstveni zbor (Cuerpo de Defensa Nacional de Eslovenia–SNVZ) que buscaba combatir la ideología comunista no tanto a través de la lucha política y armada sino por medio del combate cultural.

con lo que podría llamar, lo «humano», en el sentido del «lugar» en donde la búsqueda de la luz, el trabajo en medio de la realidad y el fuego en medio de los corazones, finalmente se encuentran y se resuelven todas las luchas, todos los combates. En esos momentos, la lucha apasionada por la verdad no desaparece, la luz fulgurante que apunta hacia arriba no se atenúa, el trabajo de continua búsqueda artesanal de los propios materiales no se detiene, pero en cierto modo, se da una tregua o mejor dicho, se eleva y sintetiza todo ello en una especie de eternidad en medio del tiempo contenida en un encuentro humano, sencillo, sereno y pacífico.

Un recuerdo imborrable en ese sentido fue para mí la larga convivencia que tuvimos durante la elaboración de mi tesis. La dureza con la que aparentemente me había tratado al principio, desapareció por completo. Recuerdo que siempre me citaba en un bar frente a la estación de San Isidro. Cuando yo llegaba a la hora convenida, él ya estaba sentado en la pequeña mesa, con mi trabajo delicadamente subrayado, lleno de pequeñas notas sugerentes, pero siempre escrupulosamente respetuosas de mis ideas e intuiciones que él valoraba como si fueran un tesoro inviolable. Sus palabras, en comparación con las muchas veces elevadas diatribas contra uno u otro adversario intelectual que profería en clase, se habían vuelto, en nuestra intimidad, suaves, pausadas, pacientes, comprensivas. Su mirada combinaba, como él siempre decía, firmeza y ternura, pero en estas ocasiones predominaba sobre todo una enorme ternura frente al brote que recién comenzaba a crecer. Me dedicaba larguísimas horas, tan largas, que me sentía abrumado, casi avergonzado, por su generosidad. Sé que no lo hacía sólo conmigo, evidentemente. ¡Vaya a saber la cantidad de personas a las que entregaba su valioso tiempo de esta manera!

Otro episodio similar me ocurrió cuando yo estaba estudiando en los Estados Unidos. Contra todo lo que podría haber pensado luego de la reacción desconfiada que al principio había tenido ante mi viaje, comenzaron a llegarme unas cartas escritas con una enorme libertad de espíritu en las que se interesaba por todo lo que yo le había relatado a su vez en mis cartas, alentándome a adentrarme a fondo en esa realidad compleja, contradictoria pero rica de ese país. Una sensación de pacífica humanidad semejante experimenté, cuando asistí, tiempo después, a sus clases de Latín en el Consudec, cosa que aún no había hecho anteriormente. ¡Quedé sorprendido! Se trataba de un Komar que yo no había llegado a conocer: el Komar humanista en el sentido específico de la expresión, es decir, de estudioso de las letras clásicas. Recuerdo especialmente el modo delicado, rendido, feliz en que Komar nos leía las Odas de Horacio.

En el final, cuando ya la enfermedad lo arrasaba, tuve una experiencia parecida en una visita a su casa de Boulogne. El lugar parecía un purgatorio en vida: su esposa vivía en un cuarto, él en otro, ambos aislados y paralizados por la enfermedad. De un modo bastante similar a lo que me sucedería años después con mi padre en sus últimos meses de

vida, entré al cuarto, intercambiamos algunas palabras, me sugirió, como siempre, algunas ideas interesantes, e hicimos silencio. Largos silencios. Estabamos claramente en una nueva e inédita situación de la vida, con la muerte o, mejor dicho, con Dios a las puertas de su lecho. Ya no era la luz de la razón sino la Luz en Persona la que lo esperaba. Sin embargo, en el medio de ese silencio expectante, por momentos algo incómodo para mí que todavía estaba lleno de una ansiosa juventud, creo que los dos sentimos, probablemente por primera vez desde que nos conocíamos, que estabamos bien así, sin decir nada. Luego de un rato nos despedimos. Al salir, y mientras caminaba ensimismado por la vereda sin saber que, al menos en esta vida, ya nunca más volveríamos a vernos, vino a mi mente una anécdota que siempre relataba Komar. Se trataba de aquel viajero que luego de largos combates por el mundo en las grandes universidades, en los estrados, en los foros públicos, llega finalmente hasta una casa en la que había quedado en encontrarse con sus dos mejores amigos. Se saludaron, intercambiaron durante algún rato sus impresiones y experiencias de los últimos tiempos, incluso discutieron. Pero finalmente, como llegando realmente «a casa», permanecieron envueltos en un largo silencio más elocuente, más verdadero y más gozoso que todas sus luchas, que todas sus palabras.